CINECLUB NUCLEO

www.cineclubnucleo.com

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundado por Salvador Sammaritano
- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

Temporada Nº **59**
Exhibición Nº **7577**

Cine **COSMOS U.B.A.**

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102 o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**

Buenos Aires, lunes 7 de mayo de 2012

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

VEA CINE EN EL CINE – VEA CINE EN EL CINE - VEA CINE EN EL CINE

LA ETERNIDAD Y UN DÍA

(*Mia aioniotita kai mia mera,* Grecia / Francia / Alemania / Italia - 1998)

Dirección: THEODOROS ANGELOPOULOS. *Guión*: Theodoros Angelopoulos, Tonino Guerra, Petros Markaris. *Dirección de fotografía:* Giorgos Arvanitis, Andreas Sinanos. *Música original*: Eleni Karaindrou. *Mezcla de sonido*: Bernard Leroux, Nikos Papadimitriou. *Montaje*: Yannis Tsitsopoulos. *Decorados*: Costas Dimitriadis, Giorgos Ziakas. *Vestuario*: Giorgos Patsas. *Elenco:* Bruno Ganz (Alexandre), Isabelle Renauld (Anna), Fabrizio Bentivoglio (el poeta), Achileas Skevis (el niño), Alexandra Ladikou (madre de Anna), Despina Bebedelli (madre de Alexandre), Eleni Gerasimidou (Urania), Iris Chatziantoniou (hija de Alexandra), Nikos Kouros (tío de Anna), Alekos Oudinotis (padre de Ann), Nikos Kolovos (el doctor), Andreas Chekouras, Mihalis Giannatos, Petros Markaris, Yannis Mohlas, Efthimis Pappas, Maria Saltiri, Vassilis Seimenis, Leonidas Vardaros. *Producción*: Theodoros Angelopoulos, Eric Heumann, Amedeo Pagani, Giorgio Silvagni. *Producción ejecutiva*: Phoebe Economopoulos. *Productoras*: Theo Angelopoulos Films, Greek Film Center, Greek Television ET-1, Intermédias, Paradis Films, La Sept Cinéma, Canal+, Classic, Istituto Luce, Arte, Westdeutscher Rundfunk (WDR), Eurimages. *Duración*: 120'.

El Film

La eternidad y un día es una película de fronteras. Entre la vida y la muerte, entre el pasado y el presente. Su protagonista, Alexandros (el alemán Bruno Ganz), es un escritor sexagenario que atraviesa, cabizbajo y lerdo, esa misma encrucijada. Lo afecta una dolencia indefinida, aunque a todas luces terminal, por la que está a punto de ingresar en una clínica de la que ya no saldrá caminando. El film se concentra en esas últimas 24 horas de "libertad". De despedida. Y las confronta con los recuerdos que, una y otra vez, invaden el presente de Alexandros. Así, entre las calles lluviosas de la ciudad costera de hoy y las espléndidas playas soleadas de ayer, acunado por la melancolía y la nostalgia, pendula este relato. Que es tan lento –o apasible, si se quiere– como **La mirada de Ulises**, el anterior título de Theo Angelopoulos.
Aunque al principio Alexandros deambula solo, no tarda en toparse con uno de esos chicos de la calle que (en Grecia como en la Argentina) limpian parabrisas de automóviles en los semáforos. El niño es refugiado albano, perseguido por la policía y de algún modo un alma gemela del protagonista. Tiene toda la vida por delante... ¿pero qué vida es esa? Y está casi tan solo como Alexandros. El binomio por momentos marcha, imponiendo la sensación de que Alexandros encontró en el muchacho a un compañero de ruta, a ese contacto humano que tanta falta le hacía (su esposa murió y su hija no lo quiere casi nada). La presencia del pasado no ha sido resuelta mediante flash backs convencionales, sino a través de unos recuerdos en los que la figura del protagonista conserva su apariencia actual, y hasta la misma ropa. Alexandros es como un espectro en dichos tramos, como si volviera –por última vez– a ser protagonista y al mismo tiempo observador de las alegrías de antaño. Como versión de la nostalgia es una maravilla. Transpira mucha melancolía, se palpa.

(Guillermo Ravaschino, extraído de www.cineismo.com)

Una noché soñé con aquel hombre. Era un anciano confuso que recorría una avenida brumosa paseando a un perro, en la búsqueda errante del tiempo. Un hombre que parecía haber perdido la historia entera, capaz de cerrar los ojos frente al ya imparable jaque de la muerte. No sé cómo he podido amar, de pronto, esta película que hasta hace poco me provocaba una sincera dentera (queda contado más abajo). **La eternidad y un día** es una pacífica aceptación de la muerte. Nos recuerda muchísimo a las **Cuando huye el día** (1957) de Bergman, en cuanto al viaje insondable del anciano hacia el final, los conflictos con los recuerdos y la caricia hermosa de la decadencia social, como telón de fondo. Quizá esta cinta consiga dar un pequeño paso más allá de la obra clave del director sueco. En **La eternidad y un día,** no hay una opresiva sombra religiosa, ni la necesidad urgente de asfixiar al espectador. Más bien al contrario, Angelopoulos parece haber dibujado en el lienzo en blanco de la pantalla una extraña trayectoria de colores y sonidos que buscan nuestro recuerdo, que se clavan con fiereza en nuestra propia experiencia, empujándonos así con toda suavidad hacia el concepto mismo de la muerte. Una muerte que no es tormento, ni angustia, sino tan sólo un final complejo pero necesario, un abrazo. El último abrazo, por supuesto.
Me gustaría decir que uno puede acercarse a la obra de Angelopoulos, o de Von Trier, o de Haneke, y salir con una sonrisa. Pero, ustedes estarán de acuerdo conmigo, si uno sale sonriendo de la proyección de **Funny Games** o **Contra viento y marea**, es un idiota crónico. El cine de verdad (el cine como arte, el cine como esperanza, el cine como contenido) ha conseguido llegar a una capacidad de reflexión (también de metarreflexión, lo que ya es encomiable) que nos zambulle de cabeza en el túnel sin fondo del postmodernismo. **La eternidad y un día** no es un flotador, no es una película vitalista ni encierra ningún mensaje lleno de optimismo. Hay planos secuencia criminalmente largos, una narración entre lo confuso y lo frágil, unos diálogos afilados y concisos. No sobra una palabra en toda la cinta, no sobra un gesto, no sobra un personaje. Todo está enlazado para que una implacable conciencia de nosotros mismos (de nuestra finitud, precisamente) nos invada cuando termine el espectáculo. Sólo hay un espectáculo en **La eternidad y un día**, el espectáculo de la muerte misma.

(Aarón Rodríguez Serrano, extraído de http://elseptimosello.blogspot.com.ar)

La eternidad y un día cuenta la historia de Alexandros, un escritor griego que está a punto de realizar un viaje a la clínica donde pasará el resto de sus días por una enfermedad, alejado de su casa, su hija y su perro y todos los paisajes mentales que recuerda. En el trayecto se cruza con un niño albanés a quien intenta llevar de vuelta a su país y con el que comenzará esta aventura psicológica. Recordará con las cartas que entrega a su hija, a su devota y enamorada esposa Anna y cómo él desperdició su vida con ella por estar ocupado en sus asuntos literarios, recordará su juventud y todas las personas que le rodearon a pesar de estar siempre en soledad.
Theo Angelopoulos propone en esta cinta un viaje interior muy interesante. Lo propone y lo borda. Las tomas largas y pausadas podrían parecer eternas, pero esa lentitud, ese momento para que el espectador piense es uno de los aciertos del film, además de tener una belleza sublime gracias al director de fotografía Iorgos Arvanitis que apasiona al espectador con planos bellísimos dentro de la decadencia de la sociedad griega de los años 90. Hay tomas inigualables que, pese a poder ser calificadas de demasiado introspectivas o, aún peor, pseudointelectuales, acompañan la narración de la historia y la embellecen de tal manera que **La eternidad y un día** es una pequeña obra de arte, un poema filmado y una recompensa a todos los sentidos. Con mención para la larga secuencia del autobús y los personajes que en él se encuentran o el tenso momento en el que Alexandros, ya cerca del final, espera en el semáforo con su coche detenido.
El trabajo de Bruno Ganz es inmenso. El actor suizo, reconocido internacionalmente por representar de una manera espectacular a Adolf Hitler en **La caída**, borda el papel de Alexandros, un papel difícil puesto que tiene que transmitir mucho al espectador. Sus miedos y su soledad, que quedan patentes tanto por sus gestos, su saber estar como su presencia fílmica. El niño albanés, representado por Achilleas Skevis realiza una actuación correcta pese a su escasa repercusión relativa a la fuerza del relato, que recae siempre en Ganz.
Mención aparte merece la música de Eleni Karaindrou, el modo por el cual conocí este film y seguramente muchas otras personas, puesto que la melodía principal, además de ser sobrecogedora y, con ciertos tonos románticos, acompaña perfectamente el transcurrir de la película y la refuerza, completando un círculo artístico impecable. Quizá opine que he pecado de valentía al incluir esta reciente película dentro de mis clásicos del cine, pero considero que ha de ser así tanto por Angelopoulos y Ganz como por Karaindrou y Arvanitis que han creado una película redonda de las que hacen pensar y que te dejan con un sabor dulce pero muy amargo por el drama interior que no deja de dar, después, vueltas en la cabeza. Y

es que recordemos que **La eternidad y un día** arrebató la Palma de Oro del festival de Cannes en 1998, nada menos que a la oscarizada **La vida es bella**, de Roberto Benigni, que consiguió el premio del público, ganando la película de Angelopoulos el del Jurado.

(Natalia Calvo, extraído de http://www.fantasymundo.com)

Rogamos apagar los celulares
No se pueden reservar butacas